

# HA LLEGADO EL AGUILA

Jack  
Higgins



Estamos en 1943. Himmler, el siniestro jefe de la Gestapo, prepara un golpe realmente audaz: el secuestro y asesinato de Winston Churchill. Los ejecutores de la operación serán un grupo de paracaidistas al mando de un brillante oficial, que contarán con el apoyo de un nacionalista irlandés. Pero, aunque todo parece perfectamente diseñado, el heroísmo puede torcer el curso de la historia.

*A mis hijos, Sarah, Ruth, el joven Sean y la pequeña Hannah,  
que, cada uno a su modo, han sufrido y sudado por mi culpa,  
pero sobre todo a Amy, que ha aprendido a convivir con  
ese  
pequeño clic tan significativo cada vez que ha atendido  
el teléfono en los últimos dos años...*

## Nota del autor

Exactamente a la una de la mañana del sábado 6 de noviembre de 1943, Heinrich Himmler, *Reichsführer* de las SS y jefe de la Policía, recibió un lacónico mensaje: *Ha llegado el Águila*.

Quería decir que un pequeño destacamento de paracaidistas alemanes había llegado a Inglaterra con el propósito de secuestrar al primer ministro, Winston Churchill, sacándolo de la casa de campo de Norfolk, lugar en el que se encontraba pasando un fin de semana.

Este libro trata de recrear los acontecimientos que tuvieron lugar en torno a este sorprendente plan de secuestro. Un cincuenta por ciento del material empleado corresponde a hechos históricos.

El lector deberá decidir por sí mismo qué porcentaje del otro cincuenta por ciento corresponde a especulaciones o a la imaginación del autor...

*Ahora el campo de batalla es una tierra de cadáveres de pie; vivirán los decididos a morir, y morirán los que esperan salir con vida.*

WU CH'I

## Capítulo 1

Alguien estaba cavando una tumba en una esquina del cementerio cuando entré y atravesé el pórtico. Lo recuerdo con toda claridad porque luego me pareció que eso había preparado el escenario para cuanto sucedió a continuación.

Cinco o seis cuervos se alzaron de las hayas que había en el extremo oeste de la iglesia como si fueran hatos de harapos negros; se gritaron airados unos a otros, mientras yo avanzaba por entre las tumbas y me acercaba a la que estaban abriendo; me subí el cuello del abrigo para protegerme de la lluvia.

El hombre que estaba allí hablaba consigo mismo en voz baja. Era imposible captar lo que murmuraba. Me situé a un lado del montón de tierra fresca y tuve que saltar para eludir la tierra que una pala tiraba hacia arriba desde el fondo; miré adentro.

—Una mañana poco agradable para hacer esto.

Alzó la vista, y se apoyó en la pala. Era un viejo muy viejo, con una gorra de paño y un traje ajado y sucio de barro; llevaba un chaquetón sobre los hombros. Sus mejillas estaban hundidas, vacías, cubiertas de barba gris mal afeitada; los ojos eran muy húmedos y ausentes.

Volví a intentarlo.

—La lluvia —dije.

Pareció comprender, esta vez. Levantó un momento la vista, miró el cielo sombrío y se frotó la barbilla.

—Será aún peor antes de que por fin aclare, ya lo he dicho.

—Le va a complicar las cosas —afirmé.

En el fondo del agujero había por lo menos quince centímetros de agua. Empujó con la pala un extremo de la tumba y ésta terminó de abrirse, como algo podrido que estallara; la tierra cayó desde los bordes, a raudales.

—Podría ser peor. Han puesto a tantos en este patio de huesos a lo largo de los años, que la gente ya no reposa en la tierra. Ahora se los sepulta sobre restos humanos.

Se rió, dejando al descubierto las encías desdentadas; se inclinó, escarbó un poco la tierra a sus pies y sacó el hueso de un dedo.

—¿No se lo decía?

Incluso los escritores profesionales, que sienten la llamada de la vida en toda su infinita variedad, sienten también definitivamente sus límites en ciertas ocasiones; decidí que era tiempo de seguir caminando.

—¿Estoy bien encaminado? ¿Aquel edificio es una iglesia católica?

—Aquí somos todos católicos. Siempre lo hemos sido.

—Entonces quizá me pueda ayudar. Estoy buscando una tumba, puede estar también dentro de la iglesia. De Gascoigne... Charles Gascoigne. Un marino.

—Nunca le he oído nombrar. Hace cuarenta y un años que soy sepulturero en este lugar. ¿Cuándo le enterraron?

—En 1683.

Su rostro no cambió de expresión. Me dijo con calma:

—Bueno, eso es antes de mi tiempo, ya ve usted. El padre Vereker... quizás él sepa algo.

—¿Estará dentro?

—Allí o en el presbiterio. Al otro lado de los árboles, detrás del muro.

En ese instante, por alguna razón, los cuervos de las hayas estallaron sobre nuestras cabezas; docenas de cuervos que se echaron a volar entre la lluvia, llenando el aire de

clamores. El viejo miró hacia arriba y lanzó el dedo de hueso contra las ramas. Y entonces dijo algo muy extraño:

—¡Bastardos ruidosos! Regresen a Leningrado.

Estaba a punto de volverme, pero me detuve, intrigado.

—¿Leningrado? ¿Por qué dice eso?

—De allí vienen. También las golondrinas. Se agrupan en Leningrado y se vienen aquí en octubre. El invierno les resulta demasiado frío por allá.

—¿Tanto?

Ahora parecía muy animado. Cogió medio cigarrillo que llevaba en la oreja y se lo puso en la boca.

—En invierno hace allí un frío capaz de helarle las pelotas a un mono. Un montón de alemanes murió en Leningrado durante la guerra. Y no por heridas de bala. Se congelaron, murieron de frío.

En este momento yo ya me sentía completamente fascinado. Le dije:

—¿Y quién le contó todo eso?

—¿Sobre los pájaros?

De súbito se le alteró completamente la expresión, su rostro adquirió aspecto desconfiado, astuto.

—Werner me lo dijo. Sabía todo sobre los pájaros.

—¿Y quién era Werner?

—¿Werner?

Parpadeó varias veces. Volvió a adoptar una expresión ausente; aunque no era fácil averiguar si era auténtica o fingida.

—Era un buen muchacho ese Werner. Un buen muchacho. No debían haberle hecho eso.

Se apoyó en la pala y empezó de nuevo a sacar tierra. Dejó de ocuparse de mí. Me quedé allí un momento, pero era evidente que no tenía nada más que decirme. Así pues, a regañadientes, porque lo que empezó a contar parecía una historia interesante, me volví y me encaminé entre las lápidas hacia la entrada principal.

Me detuve en el pórtico. En la pared había un recuadro, fabricado de cierta madera oscura y con letras doradas casi borradas. En la parte superior decía *Iglesia de Santa María y Todos los Santos, Studley Constable*; debajo se indicaban las horas de las misas y el horario para confesarse. A un extremo se leía *Padre Philip Vereker, S. J.*

La puerta, de encima muy vieja, se sostenía con barras de hierro y estaba llena de cerrojos. La aldaba era una cabeza de león con un anillo colgando de la boca, todo de bronce. Había que girarla para abrir la puerta. Ésta se abrió finalmente con un crujido leve e inquietante.

Esperaba encontrar oscuridad y penumbra, pero lo que apareció ante mis ojos era una verdadera catedral medieval en miniatura, llena de luz y asombrosamente espaciosa. Los arcos de las naves eran soberbios; grandes pilares normandos se alzaban hasta un increíble artesonado en el techo, ricamente esculpido con figuras humanas y animales que se encontraban, por lo demás, en admirable estado de conservación. Una fila de ventanas a ambos lados y al nivel del techo eran responsables en gran medida de la luz que me sorprendió tanto.

Había una hermosa pila bautismal de piedra y, en la pared contigua, un cuadro pintado contenía la lista de todos los sacerdotes que habían servido en la iglesia desde su fundación. Empezaba con un tal Rafe de Courcey, en 1132, y terminaba con Vereker, que se había incorporado en 1943.

Al fondo se veía una capilla pequeña y oscura, en la que varias velas oscilaban frente a una imagen de la Virgen María que parecía flotar en la penumbra. Caminé por la nave central, entre los pilares.

Todo estaba muy silencioso y tranquilo. Brillaba la luz color rubí de la lámpara del santuario, se dibujaba en lo alto del altar un Cristo del siglo XV, la lluvia golpeaba insistentemente las altas ventanas.

Un pie rozó con fuerza sobre las piedras detrás de mí. Una voz seca y firme dijo:

—¿Le puedo ayudar en algo?

Me volví y me encontré con un sacerdote, de pie junto a la capilla de la Virgen; era un hombre alto, macilento, que vestía una sotana negra muy gastada. Tenía el pelo gris acero pegado al cráneo y los ojos incrustados muy adentro en las órbitas, como si muy poco antes hubiera estado enfermo, impresión que se fortalecía ante la rigidez y tensión de la piel en los pómulos. Era un rostro raro. Ese hombre podía ser soldado o intelectual; pero no me sorprendió demasiado al recordar que el tablero de la entrada indicaba que era jesuita. Si mi sentido de la percepción no me engañaba, ese hombre tenía el dolor como constante compañero. Avanzó y observé que cojeaba del pie izquierdo y se apoyaba en un bastón negro.

—¿Padre Vereker?

—Exacto.

—Estuve hablando con el viejo de allí fuera, el sepulturero.

—Ah, sí. Laker Armsby.

—Así debe de llamarse. Me dijo que quizás usted pueda ayudarme.

Le alargué la mano.

—Me llamo Higgins. Jack Higgins. Soy escritor.

Vaciló un instante antes de estrecharme la mano, pero sólo porque tuvo que pasar el bastón de la mano derecha a la izquierda. A pesar de esto, me pareció que había en él algo de reticencia o de reserva.

—¿Y cómo le puedo ayudar, señor Higgins?

—Estoy escribiendo una serie de artículos para una revista norteamericana. Asuntos históricos. Ayer estuve en Santa Margarita, en Cley.

—Una hermosa iglesia.

Se sentó en el banco más próximo.

—Excúseme, pero me canso con facilidad últimamente.

—En el patio de esa iglesia hay una lápida. Quizás usted la conoce. De James Greeve...

Me interrumpió instantáneamente:

—... Que era el ayudante de *Sir Cloudesley Shovel* y hundió una flota, la incendió en el puerto de Trípoli en enero de 1676. Pero se trata de una inscripción muy famosa.

Demostró que podía sonreír.

—Según mis investigaciones —continué yo—, cuando Greeve era el capitán del *Orange Tree*, tenía un compañero llamado Charles Gascoigne, que más adelante asumió el mando de la nave. Murió de una vieja herida en 1683 y parece que Greeve le hizo llevar a Cley para que fuera sepultado allí.

—No lo sabía —me dijo amablemente, pero sin demostrar ningún interés. De hecho, su tono de voz era un tanto impaciente.

—Pero no hay rastro alguno de él en el cementerio de Cley. Tampoco hay huellas en los archivos de las iglesias de Wiveton, Glandford y Blakeney.

—¿Y usted cree que puede estar aquí?

Volví a repasar mis anotaciones.

—Recordé que se educó en la religión católica y se me ocurrió que quizá fue enterrado como católico. Estaba alojado en el hotel Blakeney, y uno de los mozos me dijo que aquí en Studley Constable había una iglesia católica. Por cierto, es un lugar apartado. Me costó bastante llegar aquí.

—Y ha sido un esfuerzo inútil, me temo.

Se puso de pie.

—Hace veintiocho años que estoy en esta iglesia y le puedo asegurar que nunca he oído mencionar ni he visto nada relacionado con ese Charles Gascoigne.

Era mi último recurso y supongo que la desilusión se reflejó en mi rostro; pero insistí, de todos modos.

—¿Está usted completamente seguro? ¿Hay archivos de aquel período? Quizá si reviso las entradas en el registro de entierros...

—La historia local de esta zona es una de mis aficiones personales —me dijo en tono ligeramente irritado—. No hay un solo documento relacionado con la iglesia que yo no conozca en detalle, y le puedo asegurar que no existe mención alguna de ese Charles Gascoigne. Y ahora, si usted me perdona, me esperan para comer.

Cuando comenzó a andar se le resbaló el bastón, tropezó y estuvo a punto de caer. Le tomé por el codo y se las arregló para sostenerse sobre el pie izquierdo. Ni siquiera frunció el ceño.

—Lo siento, he sido condenadamente torpe —le dije.

Sonrió por segunda vez.

—No ha sido nada.

Se tocó el pie con el bastón.

—Una molestia, pero, como dicen, he aprendido a vivir con ella.

Era el tipo de observación que no requiere comentarios, y evidentemente no buscaba que le hicieran ninguno. Caminamos por la nave en dirección a la salida, lentamente debido a su pie.

—Es una iglesia notablemente hermosa —le dije.

—Sí, y estamos bastante orgullosos de ella.

Me abrió la puerta.

—Siento no poder ayudarle.

—Está bien —le dije—. ¿Le importa que eche un vistazo al cementerio?

—No es fácil convencerle a usted. —Hablaba sin malicia—. ¿Por qué no? Hay piedras muy interesantes. Le recomiendo especialmente la sección oeste. De principios del siglo XVIII, y todo obra, sin duda, del mismo artesano que trabajó en Cley.

Esta vez fue él quien alargó la mano. Me dijo, mientras nos despedíamos:

—Su nombre me pareció conocido. ¿No escribió un libro sobre los disturbios del Ulster el año pasado?

—Exacto. Un asunto sucio.

—La guerra siempre lo es, señor Higgins. El hombre en su máximo grado de crueldad. Buenos días.

Su rostro había adquirido un aspecto muy serio. Cerró la puerta y me quedé en el pórtico. Un encuentro extraño.

Encendí un cigarrillo y salí a la lluvia. El sepulturero se había marchado y, de momento, tenía a mi exclusiva disposición el cementerio y el patio, salvo por los cuervos, desde luego. *Los cuervos de Leningrado*. Me quedé pensando en eso un momento y en seguida aparté el pensamiento de mi mente: tenía trabajo por delante. No me quedaban grandes esperanzas, después de la conversación con el padre Vereker, de encontrar la tumba de Charles Gascoigne, pero la verdad era que ya no me quedaba ningún otro sitio donde investigar.

Comencé a caminar observando todo cuidadosamente. Empecé en la parte oeste. Contemplé las lápidas que me había mencionado. Eran curiosas, sin duda. Estaban talladas y terminaban en vívidos y más bien violentos adornos de huesos, cráneos, arcángeles y alados relojes de arena. Interesantes, pero sin ninguna relación con Gascoigne.

Ocupé una hora y veinte minutos en recorrerlo todo; al final sabía que estaba derrotado. Algo me llamó la atención, sin embargo: al revés de la mayoría de las iglesias rurales actuales, el cementerio de ésta estaba muy cuidado, en muy buen orden. El césped cortado, los arbustos podados; había muy poco que hubiera crecido en exceso o quedara oculto parcialmente.

Así pues, nada de Charles Gascoigne. Estaba junto a la tumba que acababan de abrir. Acepté la derrota. El viejo sepulturero la había cubierto con un trozo de lona para que el agua no cayera dentro; pero se había soltado en una esquina. Me agaché para ponerla en su sitio y cuando empezaba a levantarme advertí algo extraño.

A menos de dos metros de distancia, junto a la pared de la iglesia, en la base de la torre, había una lápida apoyada sobre una leve eminencia del terreno cubierto de hier-

ba. Era de principios del siglo XVIII, un ejemplo del trabajo que ya he mencionado. Tenía una soberbia calavera y un par de huesos cruzados; estaba dedicada a un comerciante en lanas llamado Jeremiah Fuller, a su esposa y a sus dos hijos. Agachado como estaba, pude advertir que debajo de esa lápida había otra.

El celta que hay en mí aflora muy rápido; me sentí lleno de una súbita excitación irracional, como si estuviera al borde de algún descubrimiento. Me arrodillé sobre la lápida y traté de moverla, cosa que parecía bastante difícil. Pero entonces, de repente, empezó a moverse.

—Vamos, Gascoigne —dije en voz baja—. Déjame verte.

La losa se deslizó a un lado y se quedó reposando sobre el césped. Y todo se reveló. Creo que ése fue uno de los momentos más sorprendentes de mi vida. Era una simple piedra, con una cruz alemana en la parte superior, lo que la mayoría de la gente llamaría una cruz de hierro. La inscripción estaba en alemán. Decía: *Hier ruhen Oberleutnant Kurt Steiner und 13 Deutsche Fallschirmjäger gefallen am 6 November 1943.*

Mi alemán es muy pobre, sobre todo por falta de práctica, pero era suficiente para esto: «Aquí descansa el teniente coronel Kurt Steiner y 13 paracaidistas alemanes, muertos en acción el 6 de noviembre de 1943».

Me quedé allí, agachado bajo la lluvia, comprobando cuidadosamente la fidelidad de mi traducción; pero no, era exacta, y no tenía ningún sentido. Para empezar, sabía perfectamente —una vez escribí un artículo al respecto— que los restos de los 4925 alemanes que murieron en Gran Bretaña durante la primera y la segunda guerras mundiales fueron trasladados al cementerio militar alemán de Cannock Chase en Staffordshire, en 1967, apenas se inauguró.

Muertos en acción, decía la inscripción. No, era completamente absurdo. Una broma muy sutil y complicada. No podía ser otra cosa.

Pero no pude seguir pensando en el tema. Me lo impidió un grito ofendido.

—¿Qué diablos está haciendo?

El padre Vereker avanzaba a trompicones hacia mí por entre las tumbas, con un paraguas negro en la mano.

—Esto le va a sorprender e interesar, padre —le dije amablemente—. Creo que he descubierto algo muy raro.

Me di cuenta de que algo iba mal cuando le tuve más cerca. Algo iba muy mal, en realidad, pues el sacerdote estaba pálido de ira y temblaba entero.

—¿Cómo se atreve a mover esa piedra? Sacrilegio..., ésa es la palabra.

—De acuerdo —le dije—. Lo siento, pero mire lo que he encontrado debajo.

—No me importa en absoluto lo que haya encontrado. Ponga eso en su lugar en seguida.

Ahora era yo el que empezaba a irritarme.

—No sea tonto. ¿No ve lo que dice aquí? Si no lee alemán, permítame que se lo diga yo: «Aquí descansa el teniente coronel Kurt Steiner y 13 paracaidistas alemanes, muertos en acción el 6 de noviembre de 1943». ¿No me va a decir que no encuentra esto absolutamente fascinante?

—No tanto.

—Quiere decir que lo había visto antes.

—No, por supuesto que no.

Había algo angustiado en él, un principio de desesperación en sus palabras cuando agregó:

—Y, ahora, ¿tendría la bondad de volver a colocar la lápida?

No le creí; no le creí ni un instante. Le pregunté:

—¿Quién era? ¿Quién era ese Steiner? ¿De qué se trata todo esto?

—Ya se lo he dicho, no tengo la menor idea —me dijo, y parecía aún más angustiado.

En ese momento recordé algo.